
Santiago

Josep Otón

La fiesta del apóstol **Santiago**, patrón de España, se reviste de un significado especial gracias a la costumbre de hacer el Camino. El Santo Sepulcro de Jerusalén, la tumba de San **Pedro** en Roma y de Santiago de Compostela son tres grandes centros de peregrinación en Europa. Durante la Edad Media, el clima de inseguridad reinante en Tierra Santa hizo que muchos creyentes dirigieran sus pasos hacia las otras dos tumbas, íntimamente vinculadas a la primera. Así pues, el Camino de Santiago evoca los acontecimientos relatados en los evangelios y vividos directamente por el apóstol.

Por este motivo, los peregrinos de todos los tiempos emprenden este viaje a sabiendas de que no se trata de un simple caminar siguiendo la Vía láctea. Tras el ejercicio físico subyace una inquietud más profunda, una búsqueda interior.

La tumba compostelana, signo evidente de la caducidad de la vida, se halla situada curiosamente cerca de Finisterre, el fin de la tierra. A semejanza de Finistère en Bretaña (Francia) y de Land's End en Cornwall (Inglaterra), Santiago se encuentra en el límite occidental del mundo conocido por los antiguos romanos.

De este modo, en el sepulcro del apóstol converge el límite geográfico con el límite de la existencia, la muerte. Además, a lo largo de su ruta el caminante experimenta sus propios límites, tanto los físicos como los psicológicos.

Ahora bien, el testimonio de Santiago apóstol nos invita a creer que los límites no tienen la última palabra. Somos capaces de rebasarlos y podemos aventurarnos a ir más allá. Hoy ya no hay barreras geográficas que se nos resistan. Asimismo, la disciplina del Camino nos permite superar muchas flaquezas humanas. Aun así, siempre pervive la gran limitación, la muerte. Sin embargo, con el apóstol Santiago podemos levantar esperanzados la mirada y otear un horizonte que lo trasciende todo: Plus Ultra. —

despertar

